



La Santa Sede

PAPA FRANCISCO

AUDIENCIA GENERAL

Miércoles, 28 de agosto de 2019

[Multimedia]

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

La comunidad eclesial descrita en el libro de los Hechos de los Apóstoles vive de las muchas riquezas que el Señor pone a su disposición —¡el Señor es generoso!—, experimenta un crecimiento numérico y un gran fermento, a pesar de los ataques externos. Para mostrarnos esta vitalidad, Lucas, en el libro de los Hechos de los Apóstoles, señala también lugares significativos, como el pórtico de Salomón (cf. *Hechos* 5, 12), lugar de encuentro de los creyentes. El pórtico (*stoà*) es una galería abierta que sirve como refugio, pero también como lugar de encuentro y testimonio. Lucas, en efecto, insiste en los signos y prodigios que acompañan a la palabra de los Apóstoles y en el cuidado especial de los enfermos a los que se dedican.

En el capítulo 5 de los Hechos la Iglesia naciente se muestra como un «hospital de campaña» que acoge a los más débiles, es decir, a los enfermos. Su sufrimiento atrae a los Apóstoles, que no poseen «ni plata ni oro» (*Hechos* 3, 6) —como dice Pedro al lisiado—, sino que son fuertes en el nombre de Jesús. A sus ojos, como a los ojos de los cristianos de todas las épocas, los enfermos son destinatarios privilegiados del feliz anuncio del Reino, son hermanos en los que Cristo está presente de modo especial, para que todos nosotros los busquemos y los encontremos (cf. *Mateo* 25, 36.40). Los enfermos son privilegiados para la Iglesia, para el corazón sacerdotal, para todos los fieles. No hay que descartarlos, al contrario, hay que curarlos, cuidarlos: son el objeto de la preocupación cristiana.

Entre los apóstoles surge Pedro, que tiene preeminencia en el grupo apostólico por el primado (cf. *Mateo* 16, 18) y la misión recibida del Resucitado (cf. *Juan* 21, 15-17). Es él quien da luz verde a

la predicación del *kerigma* el día de Pentecostés (cf. *Hechos* 2, 14-41) y quien en el Concilio de Jerusalén desempeñará un papel principal (cf. *Hechos* 15 y *Gálatas* 2, 1-10).

Pedro se acercó a las camillas y pasó entre los enfermos, como lo había hecho Jesús, asumiendo enfermedades y dolencias (cf. *Mateo* 8, 17; *Isaías* 53, 4). Y Pedro, el pescador de Galilea, pasa, pero deja que otro se manifieste: ¡que sea el Cristo vivo y obrero! El testigo, en efecto, es el que manifiesta a Cristo, tanto de palabra como en presencia del cuerpo, lo que le permite relacionarse y ser una extensión del Verbo hecho carne en la historia.

Pedro es el que hace las obras del Maestro (cf. *Juan* 14, 12): mirándolo con fe, se ve a Cristo mismo. Lleno del Espíritu de su Señor, Pedro pasa y, sin que él haga nada, su sombra se convierte en «caricia», se vuelve sanadora, comunicación de salud, en efusión de la ternura del Resucitado que se inclina sobre los enfermos y restaura la vida, la salvación y la dignidad. De este modo, Dios manifiesta su cercanía y hace de las heridas de sus hijos «el lugar teológico de su ternura» (*Meditación matutina*, Santa Marta, 14.12.2017). En las heridas de los enfermos, en las enfermedades que son impedimentos para avanzar en la vida, está siempre la presencia de Jesús, las heridas de Jesús. Ahí está Jesús que nos llama a cada uno de nosotros a cuidarlos, a apoyarlos, a sanarlos.

La acción sanadora de Pedro despertó el odio y la envidia de los saduceos, que encarcelaron a los apóstoles y, conmocionados por su misteriosa liberación, les prohibieron enseñar. Esta gente vio los milagros que los apóstoles hicieron no por arte de magia, sino en el nombre de Jesús; pero no quisieron aceptarlo y los metieron en la cárcel, los golpearon. Entonces fueron milagrosamente liberados, pero los corazones de los saduceos eran tan duros que no querían creer lo que veían. Pedro respondió ofreciendo una clave de la vida cristiana: «Hay que obedecer a Dios antes que a los hombres» (*Hechos* 5, 29), porque ellos —los saduceos— dicen: «No debéis seguir adelante con estas cosas, no debéis sanar» —«Yo obedezco a Dios delante de los hombres»: es la gran respuesta cristiana. Esto significa escuchar a Dios sin reservas, sin demora, sin cálculos; adherirnos a Él para ser capaces de una alianza con Él y con aquellos con quienes nos encontramos en nuestro camino.

Pidamos también al Espíritu Santo la fuerza para no asustarnos frente a los que nos mandan callar, calumniarnos e incluso estar atentos a nuestras vidas. Pidámosle que nos fortalezca interiormente para estar seguros de la presencia amorosa y consoladora del Señor a nuestro lado.

Saludos:

Saludo cordialmente a los peregrinos de lengua española venidos de España y Latinoamérica. Pidamos de forma constante la fuerza del Espíritu Santo para llevar a todos la presencia amorosa

y consoladora del Señor que camina a nuestro lado.

Que el Señor los bendiga.